Francisco Javier Torres Gómez

Curioso Vía Crucis en Triana

y otras historias cofrades nunca antes contadas

SAMARCANDA

Curioso Vía Crucis en Triana:
y otras historias cofrades nunca antes contadas

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Francisco Javier Torres Gómez
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103224
ISBN eBook: 9781524303518

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, Planta 3, 41001, Sevilla
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTED IN SPAIN

A mi hijo Javier, promotor del inédito
Vía Crucis de los niños de San Román.
A mis hijos Pablo y Rosa por formar parte de la comitiva.
A mi mujer, Rosa, fuente permanente
de inspiración y paciencia.

A Chari Naranjo. Siempre fuiste parte de este proyecto...

PRÓLOGO

No era santa todavía Sor Ángela cuando en la calle homónima confluían dos centros educativos: San Francisco de Paula e Itálica, que abrían y cerraban la calle, respectivamente. El convento de las Hermanas de la Cruz parecía servir de nexo de unión para estos dos colegios, de valores y filosofía similares. Esa corriente de hermandad es la que me llevó a conocer a Javi, y nuestra amistad se fraguó como lo hacen las auténticas: de forma sana, ajena a los prejuicios que suelen contaminar las relaciones entre los adultos. En ese marco incomparable que conforman las calles del centro, donde se emplaza el corazón de Sevilla durante la Semana Grande, desarrollamos buena parte de nuestra infancia. Aprendimos a amar los rincones, a descubrir en los recodos los secretos de una ciudad de leyenda que se mira en el espejo de su río. Nuestras primeras comunicaciones fueron palabras escritas sobre el papel que, con la apariencia de "avioncitos", chocaron contra los cristales del autobús escolar que me transportaba a diario desde la plaza del Duque hasta Triana, y viceversa. Juegos de niños que después evocaríamos con cariño y apuntalaríamos con el eco de las risas compartidas a la luz de la distancia que brinda el tiempo.

Es rasgo que define a las personas inteligentes la curiosidad, y esta fue la que movió a Javi a ponerse en contacto conmigo años más tarde, a fin de interesarse por mi actividad literaria. Otro punto emblemático del centro, La Gavidia, fue testigo esta

vez del intercambio de ejemplares que llevamos a cabo, ilusionados ambos en un reencuentro que prometía proyectos conjuntos. Una "Luna de Triana", una "Pata de Palo" felizmente premiada por la Fundación Jiménez Becerril. Igual que cromos en el patio del colegio. Dos sueños realizados a cambio de una "Sombra de Morgagni" y de un puñado de "Historias de cámara en ristre", que apuntaban ya hacia la temática cofrade, nudo que nos amarraría durante los siguientes tres años.

Si conocéis a Javi, coincidiréis conmigo en que es lo más parecido a un tsunami. Su energía y su capacidad de llevar mil cosas adelante, prácticamente al mismo tiempo, resultan sorprendentes. Es entusiasta y retador: los ojos le brillan mientras te lanza cualquier propuesta. Improvisa, dispara... y acierta. Luego se echa para atrás, cruzando los brazos sobre el pecho. Se le escapa una media sonrisa, con esa picardía que le es única. Imaginadlo de esta guisa, y comprenderéis que resulta imposible decirle "no". Y así, arrastrada por su vehemencia y a la vez invadida por el veneno de acometer una tarea relacionada con la escritura y con Sevilla, *Mi Sevilla*, es como la idea de plantear una Semana Santa de cuento fue tomando forma. ***Cuentos y Relatos inéditos de Semana Santa*** pasó, en poco tiempo, de ser un proyecto ilusionante a una realidad arrolladora. La participación de conocidos, amigos, las aportaciones artísticas que iban coloreando nuestras letras. Aquello crecía superando las iniciales expectativas. Entretanto, Javi y yo terminábamos de cimentar una relación que nos arrogaba una última prerrogativa: la de establecernos como "pareja literaria".

Es fácil trabajar con alguien dispuesto a prestar oídos, abierto a propuestas. Alguien que sabe dejarse convencer cuando la situación lo requiere. Esta es otra de las características destaca-

bles de los tipos listos como Javi. Que caminan siempre hacia adelante. Con esta fluidez, estaba cantado que hubiera ***Más Cuentos y Relatos inéditos de Semana Santa***. Y hubieran sido "Todavía Más Cuentos (...)" si nuestras carreras en solitario no demandasen explorar otros terrenos, abrir puertas por las que solo cabíamos de uno en uno.

Pero ya se sabe que no se le pueden poner fronteras al ímpetu creativo. Cada quien siguió creciendo, a su manera, y de este periplo individual nace, por parte de Javi, esta última iniciativa. El respeto y el cariño que nos profesamos lo impulsa a incluirme de algún modo en su nueva aventura (¡Ya me has *líao* otra vez, Javi!), y yo, honrada y agradecida, adelanto en este prólogo un pedacito de lo que vais a encontrar enseguida. Nuevos retazos de la Semana Santa sevillana, ofrecidos, como las cuentas de un rosario, a modo de misterios. Un descubrimiento, quizás, sobre la autoría de la Esperanza Macarena, una lección de anatomía de la mano de un estudiante de medicina precoz, capaz de dibujar sobre unos restos humanos la silueta de un Cristo Yacente; un peculiar encargo ofrecido por el sublime Castillo Lastrucci a su heredero, Jesús. La historia de Bravo, "el escultor de los niños", y su curiosa relación con Moku, el niño africano, y los querubines que esculpe en su taller de la calle Antonio Susillo. Las visiones de una madre cuyo hijo, torero, enfrenta la muerte en el ruedo, su vida consagrada a la devoción por la Piedad del Baratillo; la magia de esas "factorías de sabor" que son los conventos sevillanos, capaces de hechizar los sentidos de Virginia, la golosa hermana de San Esteban, hasta el punto de rescatarla de entre los muertos. La relación de los hechos que llevaron hasta la actual imagen de la Hiniesta, tras los incendios perpetrados durante la República. De cómo el Misterio de la Redención viajó

hasta el Metropolitan Museum de Nueva York, de la mano de un imaginero aficionado a la pizza. El secreto del origen de la saeta más bella nunca escrita y jamás cantada a la hermosa Virgen de la Candelaria, y la confesión de un asesinato, con alevosía "pestiñera", por su propio autor. Un torno tocado por los ángeles que devuelve magdalenas bendecidas. Y un repaso a las emociones que se apoderan del pregonero tras su nombramiento: la ilusión, el peso de la responsabilidad, la duda. Nada que no consigan aplacar la fe y esa pasión y conocimiento que solo alguien que ha *mamao* la Semana Santa desde que asomó la cabeza al mundo puede transmitir. Porque estas páginas están escritas como se escribe la historia de la Semana Santa: "con la tinta de las emociones", como así lo apunta Javi Torres.

Para abrir boca, os dejo con el "Curioso Vía Crucis en Triana" que le da nombre al volumen (¿podría resistirse una trianera a escribir el prólogo de un libro en cuyo título se incluye la palabra "Triana?). "Señor, Tú también eres trianero" (...). Todos seremos trianeros recorriendo las entrañas "de este barrio que más que crecer se encoge en sí mismo para que todos lo sientan más cercano". De Triana a San Román, y de San Román a Santa Catalina, a Los Terceros, a San Marcos, a San Julián, a San Lorenzo, a San Juan de la Palma, a Nervión, al Cerro, al Tiro de Línea, al Polígono San Pablo... el recorrido es inmenso, la perspectiva, inconmensurable.

Pero, adelante, la espera ha concluido. La Semana Santa es "un libro de cuentos" que se abre sin solución de continuidad. Así lo percibe el autor. Miel, azahar, incienso, cera... miradas que se vuelven vírgenes para redescubrir y experimentar las emociones siempre por primera vez. Un "mundo de sensaciones y

sentidos", lleno de matices, que renace cada primavera. Así es nuestra Semana de Pasión.

Hoy es primavera otra vez. Y, cada primavera, se destapa la caja de los sueños...

María Rosario Naranjo Fernández.

Curioso Vía Crucis en Triana

El silencio convertido en la nada, la ausencia de estímulos; al fin y al cabo, la soledad.

El pequeño permanece sentado sobre el poyete que sirve de escalón al pozo cuyo brocal significa el abismo, que ha sido disimulado con macetas que guardan distintas flores, distintos aromas que en ese preciso momento recuerdan la primavera. Pero la sonata silenciosa transcurre en el interior de esa cabecita en la que resuenan una y otra vez los soniquetes de marchas procesionales que están a punto de hacer que las lágrimas afloren.

En la mano, una vara, de abedul, con los retoques suficientes como para convertirla en la insignia más importante de la hermandad, la insignia carente de oro que, sin embargo, ejerce el mando reservado a la figura del Hermano Mayor. De repente, cesan los estímulos sonoros silentes y el canto de los vencejos inunda la estancia mientras la luz del sol, tan solo una intuición, se insinúa reflejada en todo aquello construido tras soplar vidrio y, por antonomasia, en la azulejería multicolor que recupera vida, la misma que surge con el despertar de las familias que inauguran la jornada abriendo los ventanales e incluso las puertas que les impiden formar una unidad en el vetusto patio de vecinos. Se escuchan voces, algunas de mando, otras de súplica pero el niño, espectador privilegiado del eterno despertar, sabe que aún queda tiempo para que la Junta de Gobierno se

reúna según lo pactado en las reglas para empezar a tomar decisiones.

El canto de un ruiseñor se mezcla con el de los periquitos de Mariana, la del tercero, y de fondo surge el cante jondo de Luisma, el gitano que tantas veces ha estado a punto de saltar al estrellato y se ha terminado estrellando contra sus propias miserias, con las desgracias que todos conocen y hasta comparten no por solidaridad, quién sabe si por costumbre.

La cita es ineludible. A las nueve en punto todos deben reunirse junto al pozo para iniciar los preparativos. Fundar una cofradía no es tarea baladí, y lo saben. Enrique baja con el libro de reglas bajo el brazo, Carlos lo hace portando un infernillo que les sirve para quemar carbón e incienso con resultados desalentadores. Por su parte, las chicas, algo más organizadas dadas las circunstancias, se han hecho con similares varas de confección casera, fruto de manualidades realizadas a deshora pero que han conseguido componer un maravilloso cuadro pictórico digno de la paleta de colores del mismísimo García Ramos.

Todo se dispone tal como fue acordado y el brocal del pozo, sellado por miedo a aumentar las desgracias que tan poca tregua han concedido, sirve de altar improvisado de cultos donde se derraman las esencias en torno a una cruz de madera de la que desciende una mortaja, labor piadosa en la que han echado una mano las más veteranas del lugar, sabiendo que la savia que ellas consideran ya un mero recuerdo, ahora recorre las venas de la juventud, de los niños del patio, unidos por la necesidad y por una devoción heredada de generaciones que se han sucedido en el tiempo y que eclosiona en muestras de amor a Cristo tales como esa cruz, que no es más que el resumen del resumen de una fe intacta.

Cada uno tiene asignadas unas tareas de priostía y el altar de cultos se convierte en el objeto de los cumplidos de los adultos que se asoman a las barandas de astillada madera para aplaudir, animar y hasta para cantar una saeta al más sagrado de los maderos, ya lleve este en sus hechuras o no la Vera Cruz representada. Un par de velas, baratas, ejercen de candelería y permiten que el olor a cera derretida se funda con el del incienso achicharrado con matices de metal, y todos se arrodillan y rezan porque saben que en el rezo está la clave y no hay mejor catequesis que la que uno siente en lo más profundo de su corazón.

Es hora de preparar la salida procesional. Irá la cofradía precedida por una cruz de guía, fruto del trabajo de ebanistería de un vecino; es sencilla y, por tanto, verdadera. No es preciso añadir abalorios que signifiquen un alarde de riqueza pues la riqueza que todos atesoran es interior. Tras ella, situada ya en la verja que precede al portalón, se colocan los más pequeños portando cera, y de este modo luz, una luz que pretende servir como imán a la del cielo que, poco a poco, se va descubriendo en sus tonos primaverales. Es el turno de la presidencia; todo el que ha podido confeccionar una vara es bien recibido en este efímero tramo en donde se incrustan los turiferarios improvisados, un par de chicas que aspiran a lucir mantilla, el portador del famélico libro de reglas y el hermano mayor. Junto a él va a caminar Silvia, que será la encargada de los rezos y meditaciones.

Una orden de Carlos es suficiente para que Eulalia, la del bajo, ejerza de sereno y abra de par en par el pórtico que separa la comitiva de las calles de la Triana más íntima. De fondo, la flauta de pan de un afilador y la bocina del panadero, que no duda en apartar su carro de mano cuando descubre que su torpeza interrumpe la salida de la procesión. Muchos son los que se han puesto su mejores galas para acompañar a sus hijos o

conocidos y, poco a poco, el cuerpo de viandantes se va incrementando; a ello contribuyen las primeras paradas frente a otros tantos corralones, e incluso parcelas remozadas previamente amenazadas de ruina de las que surgen nuevos portadores de cruces y cofrades que no desean ser obviados en el que para ellos es el día más importante de la cuaresma. Juntos acarician los recovecos con los que Triana fue regalada con el paso de los tiempos, tiempos pasados que se hacen presentes en forma de tradición. Los fantasmas renacen en las esquinas, en las azoteas y en los retablos cerámicos que señalan que nada conseguirá que Dios abandone las casas de este barrio que, más que crecer, se encoge en sí mismo para que todos lo sientan más cercano. Los adoquines aún permanecen fríos y la cera que comienza a teñirlos les da ese calor que tanto añoran, y que será renovado durante la Semana más grande de Sevilla, una ciudad dividida por el río pero unida por algo más que puentes: la fe en Jesucristo.

La cruz de guía se planta en la puerta de la capilla sita en San Jacinto a la hora acordada: es imprescindible cumplir a rajatabla con los horarios establecidos. Acaban de abrir sus puertas y ya hay curiosos que se asoman a intoxicarse de amor, pero todos se apartan al paso de la cofradía, que se congrega en torno a la imagen de Jesús orante. Es difícil explicar el sentimiento que se destila en el interior del recinto, alumbrado exclusivamente por la cera que portan los pequeños, suficiente para iluminar el rostro del Hijo de Dios. Las insignias reposan en el suelo y Silvia toma la iniciativa y se coloca en el centro del grupo. Todos callan. Solo se escucha su voz, son las reglas y las reglas existen para ser cumplidas. Ella lo mira y, aun sabiendo que los ojos de Jesús se dirigen al cielo, comienza con una plegaria que parece improvisada.

Jesús mío
Padre de las Penas,
abandonado por todos has sido
en este trance postrero;
por eso te sientas en esa solitaria peña
y diriges tus ojos al cielo
en el que serás bien recibido.
Pero recuerda que aún estás vivo
y gozas de nuestro amor
por eso te pedimos, Señor,
que vuelvas a nosotros tu mirada
para que hagamos en ella morada,
y, si es grande tu sufrimiento,
alivia tu agonía:
nosotros te seguiremos queriendo
en la noche y en el día.
Jesús de las Penas,
Padre mío orante,
que de verte ahí desnudo
se me hace en la garganta un nudo
porque quiero ayudarte,
vestirte y arroparte
y ser la patena
para recibir la comunión
que solo Tú puedes darme.
Padre Trianero,
da el paso tú primero
y reza por nuestros pecados,
y cuando seas crucificado
le diremos al mundo entero
que tus penas fueron solo pasajeras
y que más allá de la muerte a todos nos esperas.

Los cofrades entonan el segundo Padrenuestro, se persignan y caminan breves pasos hasta encontrarse cara a cara con la Madre de Dios, Estrella del Cielo y madre de todos sus hijos implorantes. En su rostro todo es dolor, el mayor de todos los que una gubia pudiera formular. Silvia no alcanza su mano pero quisiera tomar el pañuelo para limpiar esas lágrimas que tanto la disgustan; en cambio, reza como solo ella sabe hacerlo y todos atienden a sus sencillos versos, besos sonoros en las mejillas de una Virgen que todo lo concede pero que no puede ocultar el sufrimiento que la consume porque, si su hijo muere de pena, ella es pena pura con lágrimas de fino cristal.

Madre mía,
quiero ser tu pañuelo
para limpiar tus mejillas
de ese duelo por el que, con desconsuelo,
lloran las dos orillas.
Llora allí Sevilla
y llora aquí Triana,
y hasta en Santa Ana
lagrimea una mujer
que en ti germinó la semilla
que tenía reservada.
Eres Estrella de la noche,
eres sol de la Mañana,
eres la Madre de Dios
y al mismo tiempo humana.
Eres llanto vivo de cristales rotos,
eres lágrima consumida,

eres la madre del Hombre,
que por todos dio su vida
y, sin embargo, no usas el pañuelo
que portas en tus manos,
que nunca cae el suelo.
Quieres que te veamos llorar
y quieres que te ayudemos a soportar
el cruel hachazo en tu corazón herido.
No lo dudes, te vamos a ayudar;
para eso hemos venido.

Todos entonan un Amén sonoro que resucita escalofríos desterrados en la conciencia colectiva y la luz artificial se hace en la capilla mientras la cofradía abandona el templo a la orden de Carlos para adentrarse en una de las cavas que hoy, lejos de ser recuerdos, son esencia viva de cal y barro donde los yunques siguen sonando en la lejanía y dejan en el aire su encanto.

Siguiente estación en el Altozano, lugar concurrido en el que las luces son disimuladas con la luz del sol, que se ha hecho dueño del día. Al fondo, el "mecherito de Triana", la capilla del Carmen asiste calada a la procesión que hace que su corazón emita latidos que suena hasta bien avanzado el mes de julio. Es el puente de hierro su peana, y sus pequeñas cúpulas, dos sombreros que se quitan como señal de respeto. La calle, bulliciosa, se ofrece tosca al recogimiento que rápidamente cobra vida en cuanto se vira de Pureza a Fabié. Allí son muchos los recuerdos que acuden para endulzar el recuerdo de los antiguos del lugar. Triana sabe guardar sus tradiciones y, en ocasiones, cuenta sus secretos de la forma en que mejor sabe

hacerlo, sobre el barro cocido en forma de azulejo esmaltado. Así se insinúa el bello canto de Paquita Rico, que tuvo allí su morada aunque viera por primera vez la luz en el *Corral de la Perla*, o resucitan los soniquetes de la *Peña flamenca el Bollo*, tristemente clausurada tras años y años de historia. También vivió en Fabié el mítico *Naranjito de Triana*, que llevó su barrio en el corazón allende nuestras fronteras.

Las normas recogidas en el libro de reglas han establecido una estación bajo su efemérides y se reza con recogimiento mientras las persianas se levantan y asoman rostros somnolientos para comprobar que allí, justo delante de sus casas, se está obrando el milagro pues unos chiquillos se acercan a Dios y empatizan con su dolor confeccionando un inédito Vía Crucis que traspasa el corazón de todos cuantos testifican la seriedad y rigor con que es llevado a cabo.

Rodrigo de Triana, qué honor para una calle llevar el nombre de quien vislumbró un Nuevo Mundo hasta entonces desconocido. De repente, un taconeo, quién sabe si los fantasmas siguen habitando la *Academia de Baile Manolo Marín* a esas horas, o puede que tan sólo sea el efecto que el eco de los pasos sobre el gastado acerado produce en el subconsciente de aquellos que caminan en penitencia sin percibir los tonos que estrena el cielo desde la paleta de colores de Manuel Rubio Tavira.

Decir Rodrigo de Triana es decir Pelay Correa pues ambos caminos conducen a la catedral de Triana. Santa Ana es un Universo Cristiano que sirve de corazón a todo un barrio que se niega a que comparta su título con el de la Metropolitana Sede. Santa Ana es la Catedral de Triana y no se hable más. Ausente, todos añoran el peculiar "quejío" del mudo más famoso del